

LOS COWBOYS DE MARAJÓ

MARAJÓ, la isla gigante del Brasil, es la mayor de las islas fluviales del mundo.

Colocada como una perla en una ostra entre las dos orillas del enorme estuario del Amazonas, es un poco más grande que Bélgica y algo menor que Dinamarca.

La isla es uno de los lugares más extraños de Sudamérica, y de los menos conocidos —no porque esté sin explorar, sino porque las familias de grandes rancheros que han sido propietarias de la isla durante varios siglos no quieren tratos con extranjeros.

Pero uno de los rancheros que vive en Livramento ha abierto sus posesiones a los forasteros, que deberán pagar entrada, y pronto Marajó se verá invadida por el mundo exterior por primera vez desde que los colonos portugueses la conquistaron en 1659.

Todo viaje a la isla de Marajó debe tener como punto de partida esa Marsella del Amazonas que es Belem, separada de la isla por 50 millas de aguas su-

cias. El viajero amante de la aventura podría muy bien embarcarse en una «goleta» dedicada al transporte del ganado con destino a Soure, puerto fluvial en la estación de las lluvias, marítimo en la estación seca, donde florecen los mangos en las aceras y los periquitos revolotean como gorriones de rama en rama. Pero el viento y la fuerte corriente de la bahía de Marajó pueden dificultar extraordinariamente la travesía. Más rápido y seguro es el aerotaxi, una avioneta Cessna equipada de un solo motor. Esto fue lo que yo utilicé para trasladarme a Livramento.

Incluso por aire, Marajó parece extraordinariamente lejana. Durante media hora sobrevolamos las embarradas aguas del Amazonas para, de repente, divisar la línea de la costa de la isla y, detrás, una tupida jungla. La mitad suroeste de Marajó es una selva, guarida de jaguares, serpientes venenosas y pájaros de todos los colores.

De vez en cuando se divisaba un calvero y, en el centro, lo

que parecía una cabaña solitaria, o un «caboclo» en una canoa, echando sus redes en un pantano de color chocolate.

Hacia la parte occidental de Marajó la jungla se convierte en pradera. Cuando llegué a Marajó la pradera tenía un color amarillento, como si estuviera quemada. Era la estación seca. Sólo unas pocas palmeras rompían la extraordinaria planicie del paisaje.

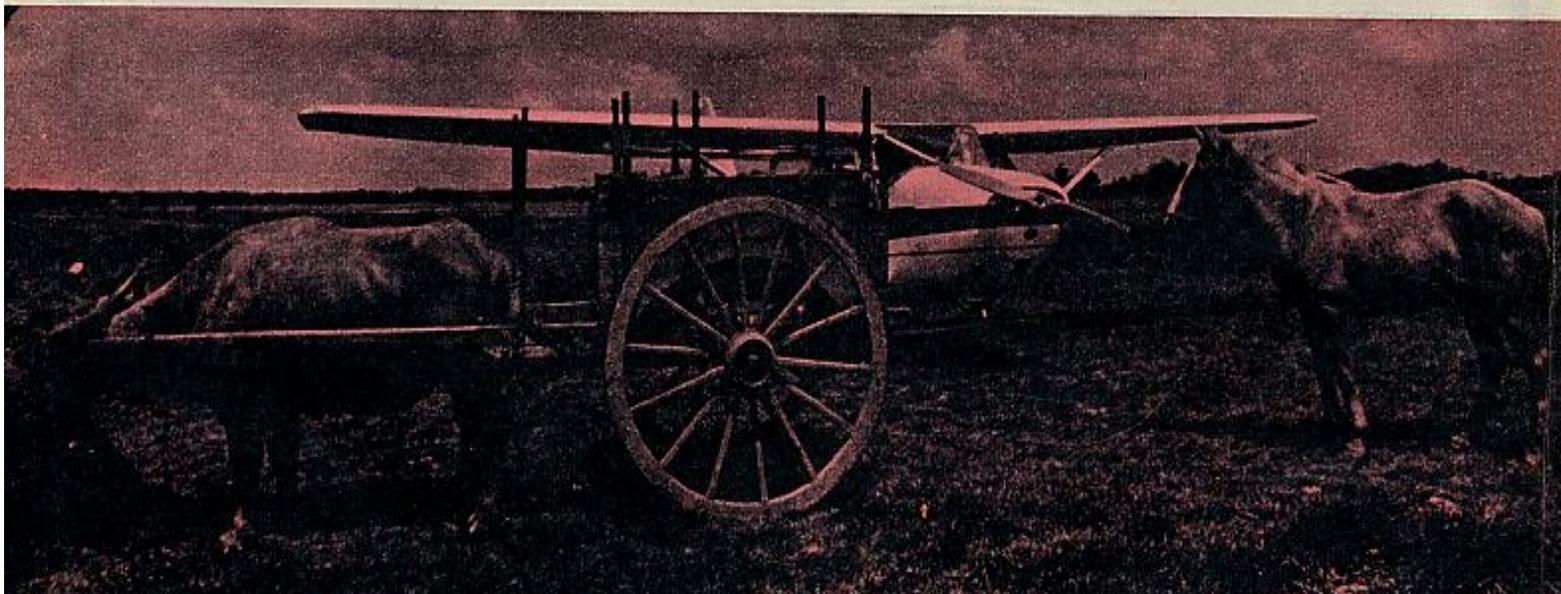
Marajó es tan llana y está a tan poca altura sobre el nivel del mar (siempre por debajo de los nueve metros si se exceptúan los montículos que forman los antiguos cementerios indios) que cuando sube la marea, la pradera se llena de cientos de riachuelos y arroyos que no existían antes. Y cuando la marea baja desaparecen todos.

Al aterrizar, la tierra pareció estallar en colores. Atemorizada por el ruido de nuestro motor una gran bandada de aves acuáticas, grullas blancas e ibis escarlata en su mayor parte, emprendió el vuelo. Una manada de caballos blancos se ale-

jó a la carrera por el pantano y en el horizonte una larga fila de búfalos avanzaba en dirección del océano Atlántico. Era el gran y desconocido país de los «cowboys» del Amazonas: una tierra de anchos horizontes, «vaqueiros» de piel curtida y un cuarto de millón de cabezas de ganado, búfalos y caballos.

Un búfalo enorme y viejo llamado «Nikolau», un perro «basset» y un vetusto «vaqueiro» a caballo estaban en el campo en que aterrizamos para darme la bienvenida. En el carro tirado por el búfalo enorme y viejo fui trasladado a la granja de Livramento.

El edificio en que vivían el ranchero y su familia estaba construido con troncos y tablas. Desde el pórtico, sentado en una mecedora de mimbre, el propietario del rancho nos daba la bienvenida. A pesar de haber sido ocupada durante cien años por la misma familia, la casa estaba totalmente desprovista de adornos y personalidad; tan sólo un viejo reloj tictaqueando en la pared, el calendario del





Aislada del mundo, Marajo apenas si tiene comunicación con él gracias a las escasas avionetas que aterrizan, muy de tarde en tarde, sobre su suelo. Marajo es el grande y desconocido país de los cowboys del Amazonas, una tierra extraña de "vaqueiros" y búfalos que vive en los siglos pasados.

año anterior, un libro titulado «Empiece una nueva vida como propietario de un rancho» y tres carteles en color anunciando un suave licor local.

A un lado se levantaba una pequeña capilla privada, pero parecía fuera de uso: las imágenes de la Virgen estaban envueltas en bolsas de plástico. Fuera, un grupo de vaqueros acababa de matar a un búfalo clavándole un cuchillo en el corazón. El Jardín se utilizaba como matadero y estaba alfombrado de cráneos y huesos fragmenta-

dos. En cada poste había encaramado un buitre. El viento del Atlántico, soplando con fuerza por la pradera, zumbaba en torno a la casa. Las puertas chirriaban sobre sus bisagras y el tejado de estaño hacía un estrépito infernal.

El propietario del rancho (cuarenta y cinco años, fuerte, simpático, abstemio y descalzo) se llamaba Napoleón. No era un nombre fuera de lugar. Aproximadamente el noventa por ciento de la tierra productiva de Marajo está repartida entre una

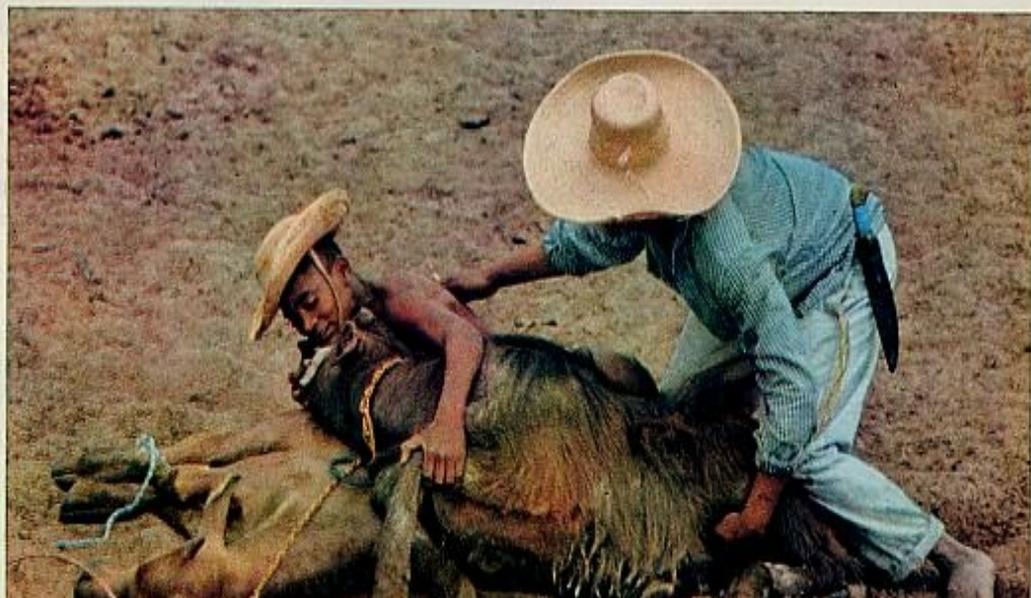
aristocracia compuesta por una docena de familias blancas, autócratas adinerados y cultos rodeados de criados de color. Napoleón gobernaba su dominio según la tradición de los paternalistas brasileños, y sus trabajadores, todos ellos descendientes de esclavos negros, le eran fieles como ninguno. Marajo es un anacronismo social, una sociedad feudal en los tiempos modernos

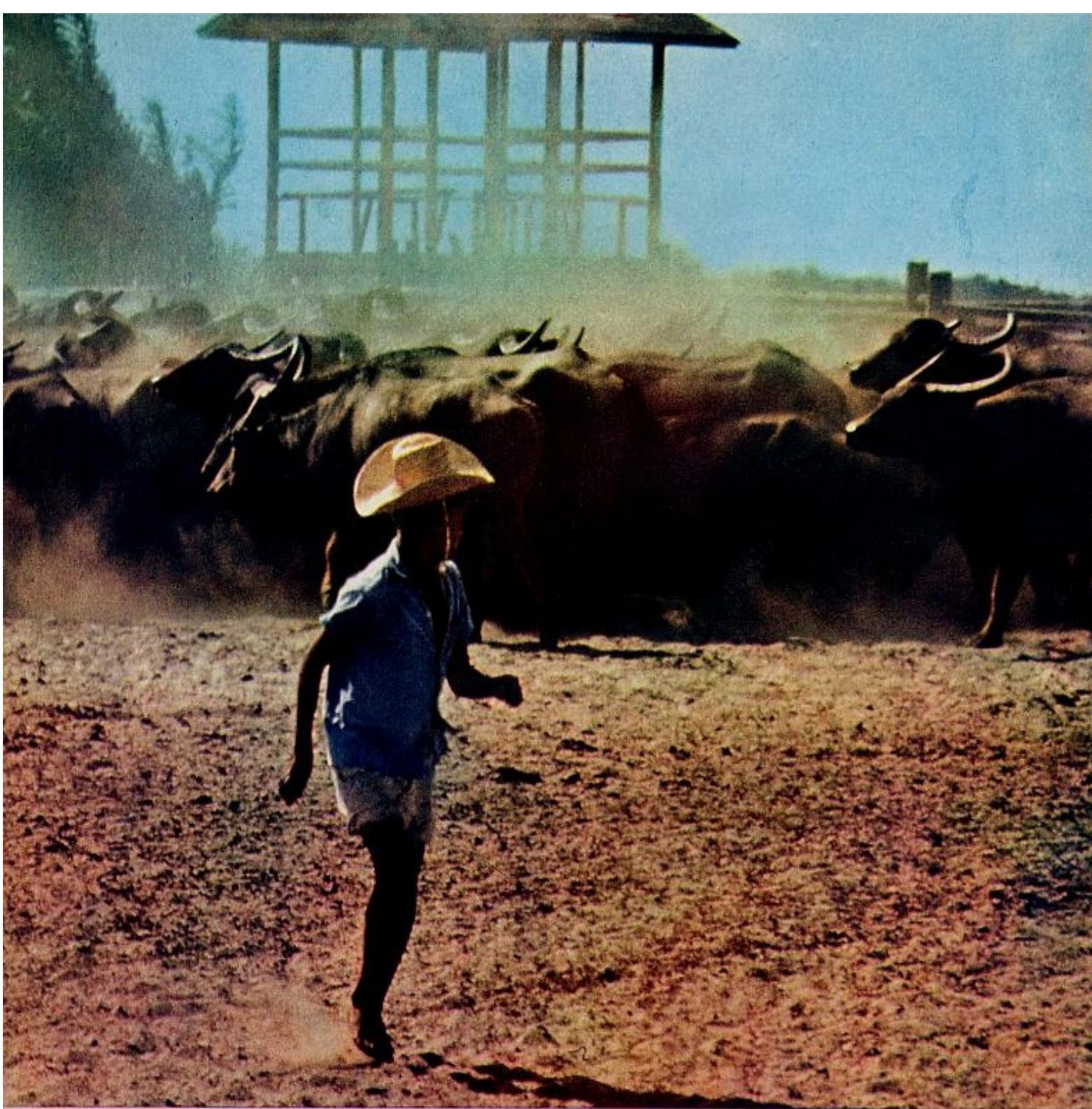
El hecho de que la estructura económica de Marajo no haya variado desde el siglo XVII da ▶



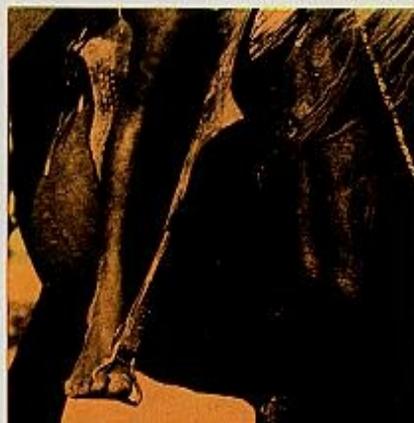
LOS COWBOYS DE MARAJÓ

A fines del siglo XIX, un rancho brasileño trajo varias parejas de búfalos a Marajó. La isla quedó poblada de ellos y los «vaqueiros» tuvieron que dedicarse a su caza para evitar una excesiva multiplicación. Hoy, el búfalo convive con los hombres y con otras reses.

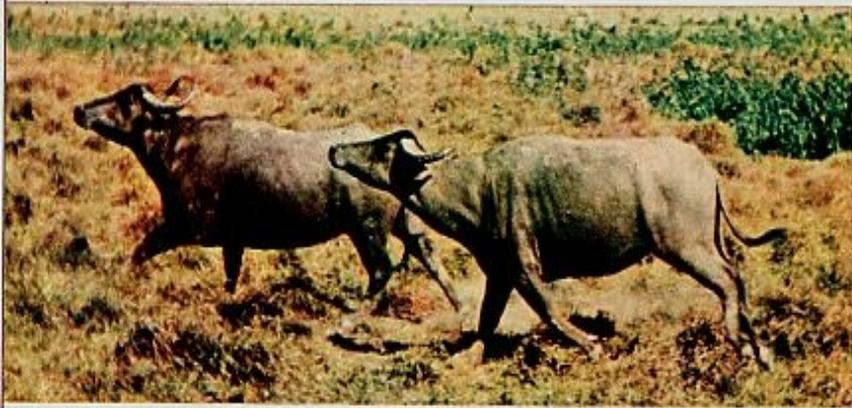




Actualmente, el búfalo de Marajo es casi como el camello en el Sahara. Da más carne que la vaca y es más fácil de criar: le gusta el agua y come de cualquier pasto. Las frecuentes inundaciones de Marajo no constituyen un problema para él. Domesticado es sencillo de manejar y un solo «vaqueiro» puede cuidar de varios centenares a la vez.

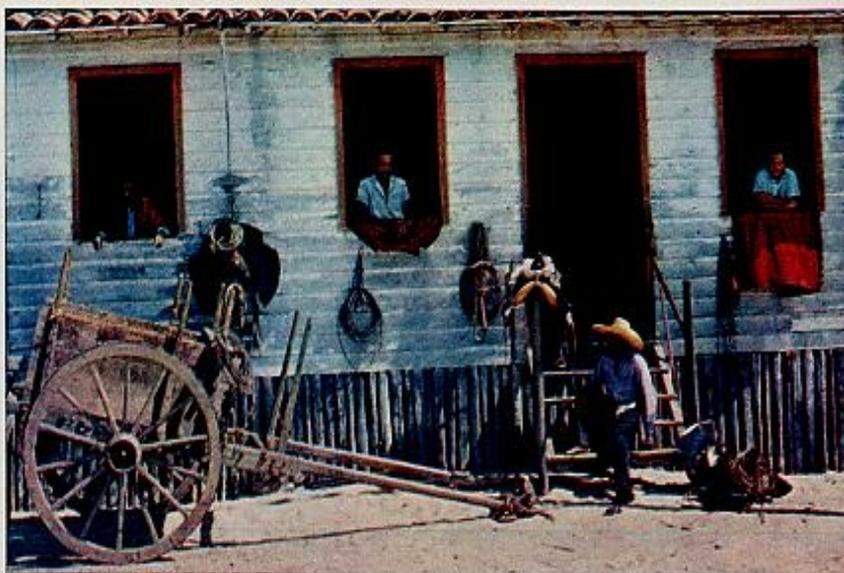
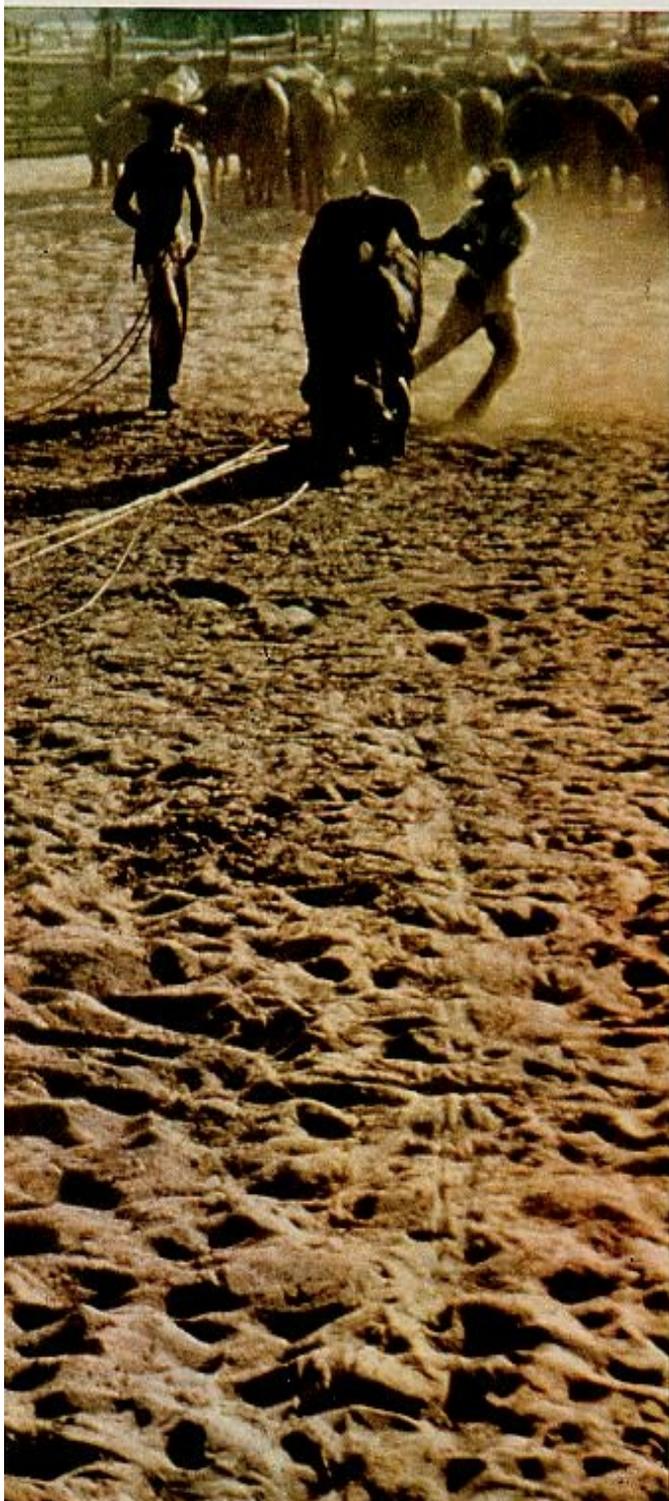


LOS COWBOYS DE MARAJÓ





La estructura económica de Marajo no ha variado desde el siglo XVII: la historia no ha pasado por esta isla gigante, que se rige según un régimen paternalista y casi feudal.



la medida de su aislamiento. Es como si la Revolución francesa, el movimiento socialista, los sindicatos y la democracia no hubiesen existido.

Lo extraño es que en pleno siglo XX siguiera funcionando este arcaico feudalismo. Los vaqueros de Marajo no sabían leer ni escribir, besaban la mano al patrón y no podían dejar el rancho sin su permiso. Cuando un vaquero quería entrar en la casa de su amo, tenía que hacer sonar una campana de barco y quitarse el sombrero. Pero una vez dentro, enchufaba la radio y se sentaba hasta en el sillón del patrón. Otras veces, los vaqueros se sentaban a la mesa a jugar al dominó. O traían una guitarra o un banjo y se ponían a tocar las exóticas e

En el gran rancho de Napoleón, señor de gran parte de la isla, hay unos setenta y cinco «vaqueiros». Sólo un tercio del sueldo lo cobran en metálico; el resto en especie. De hecho su vida está más asegurada que la de un obrero, pero a cambio de ello tienen que trabajar duramente.

Texto y fotos:
DOUGLAS BOTTING.
CAMERA PRESS-ZARDOYA.

(Sigue en la página 72.)

Estos son
los transistores
RITMO Y TARANTELA
DE TELEFUNKEN



Estas son
algunas de sus exclusivas
ventajas:

Para que Vd. elija su programa preferido
en cualquier parte,
TELEFUNKEN ha creado dos radioreceptores portátiles
(tamaño pret a porter y alcance universal).

En su casa o fuera de ella,
descubra todas las posibilidades de la alta fidelidad
(Donde Vd. se lleve su TELEFUNKEN disfrutará
la calidad de sonido que Vd. exige).

PODRÍAMOS CONTINUAR
CON OTRAS VENTAJAS IMPORTANTES...

...pero vale
más
"escucharlo"
un momento!



TELEFUNKEN



PREFIERA TELEFUNKEN
TELEFUNKEN VALE PARA TODA LA VIDA

LOS COWBOYS DE MARAJÓ

(Viene de la página 59.)

interminables melodías de la isla —o cantaban canciones compuestas por ellos mismos, canciones sobre rodeos, caballos y el amor—, mientras que Napoleón bailaba el «catimbo» con sus hijos.

La casa de Napoleón era el centro social del rancho —la localidad más cercana estaba a dos o tres días de viaje por río o a caballo— y se movía entre sus hombres con una familiaridad sorprendente. Después de todo, los había conocido a todos desde niños y se había criado entre ellos. Podía ocurrir que Napoleón utilizase el lazo para atrapar a alguno de sus vaqueros, pero también podía vérselo curar sus heridas con infinita paciencia como si de sus mismos hijos se tratase.

Por su parte, los vaqueros de Livramento, aunque jamás llegarían a ser ricos, tampoco carecían nunca de la ayuda necesaria. A los 40 vaqueros casados y los 35 solteros, Napoleón les pagaba un tercio del sueldo en alimentos, otro tercio en todo lo concerniente a transportes, vivienda y medicinas y un tercio en dinero en metálico. Probablemente los vaqueros viviesen mejor que muchos de los trabajadores de Belem, que no ganan más de mil pesetas al mes. Una sola familia, en Livramento, recibía cada día diez litros de leche gratis, equivalente a 4.000 pesetas mensuales, según los precios del mercado.

A cambio de este tipo de seguridad feudal, los hombres tenían que trabajar duro. La vida en Marajo es dura tanto para los hombres como para los animales. Durante la estación de las lluvias, de enero a junio, la mayor parte de la isla está bajo el agua. Durante tres o cuatro meses, pues, el ganado tiene que soportar continuamente el agua hasta las grupas.

Muchas de las vacas pierden sus ubres por culpa de las carnívoras pirañas del Amazonas. El vaquero tiene que acompañar a los rebaños por la llanura inundada montado sobre su caballo o sobre algún búfalo, animal que se mueve mejor en el agua y en los pantanos.

La estación seca es igualmente dura. Cada seis o siete años se produce una gran sequía, y el ganado muere de sed y de hambre o se queda empantanoado en las clénagas y es devorado por los caimanes. Los caimanes constituyen una auténtica amenaza durante todo el

año, y los vaqueros de Marajo van a los pantanos y a las charcas a matar todos los que pueden. A veces encuentran más de mil caimanes en una sola charca que no mide más de un cuarto de milla de longitud y unas cuantas yardas de anchura. Los caimanes están unos sobre otros.

Trabajando en equipos de tres, por razones de seguridad, y utilizando lazos y palos, los vaqueros pueden matar de 200 a 300 caimanes de una vez.

Pero los caimanes no constituyen el único peligro. Entre los ranchos y la costa Norte de Marajo están los Mondongos, una tierra salvaje de pantanos y maleza, refugio de serpientes de cascabel, anacondas y búfalos sin domesticar. Estos búfalos son quizá las bestias más salvajes de Marajo e incluso de todo el Amazonas, pero no son «indígenas».

A fines del siglo XIX, cierto rancho llamado José Vicente Chermont de Miranda, en un periplo por Europa, quedó impresionado por un búfalo indio que vio en las Lagunas Pontinas de Roma. Al volver a Marajo trajo consigo nueve hembras y tres machos de esta especie y los soltaron en los Mondongos, donde pronto se adaptaron y multiplicaron. El búfalo domesticado, una vez libre, se convierte muy pronto en salvaje y peligroso, y los vaqueros de Marajo tuvieron que dedicarse a la caza de los búfalos para evitar que se multiplicaran demasiado. Todo parece proliferar en Marajo. Antes de los búfalos hubo caballos salvajes, más de un millón, que se comían todos los pastos, hasta que llegaron a la isla dos ingleses que se ofrecieron para terminar con ellos de 2.000 en 2.000 por tres centavos cabeza.

Sin embargo, el búfalo salvaje puede otra vez domesticarse fácilmente, y los vaqueros así lo comprendieron.

Hoy en día, el búfalo es a Marajo lo que el camello es al Sahara. Más aún, es la esperanza de una prosperidad creciente. Da más carne que la vaca. Es más fácil de criar, y como le gusta el agua y come lo que sea, las inundaciones y el pasto no constituyen ningún problema. Un vaquero puede dominar por sí solo a unas 50 cabezas de ganado, pero es capaz de dirigir a 300 búfalos a la vez.

D. B.